

Antonio Ramón Navarrete Orcera (2025): *El mundo clásico en el Camino de Santiago: España y Portugal*, Gráficas La Paz, Jaén, 653 pp.

Tras más de tres décadas dedicadas a la investigación y la divulgación del legado clásico, particularmente, pinturas de temática mitológica en grandes construcciones públicas y privadas (sobre todo, palacios), el profesor Navarrete Orcera, uno de nuestros principales expertos en los temas del legado y la tradición clásica en el arte, nos sorprende con este libro que aquí presentamos, dedicado a ilustrar la impresionante riqueza de los motivos clásicos en una amplia variedad de edificios de las localidades que jalonan los diversos «caminos» que llevan a la tumba del apóstol en Santiago de Compostela, tanto por la geografía española como portuguesa.

Como él mismo comenta en la Introducción (p. 11), la primera idea para este libro surgió en 2017 mientras hacía el llamado Camino Francés por primera vez. A su vez, una primera versión se publicó en 2019, *La mitología clásica en el Camino de Santiago*<sup>1</sup>, aunque dedicada solo a España. Esta nueva versión incluye como novedad los edificios y localidades que componen los diferentes «caminos portugueses», así como datos nuevos y actualizados de edificios y obras, pues, por ejemplo, en esta versión se incluyen también por primera vez los museos.

Respecto a la estructura del libro, este se compone de dos partes principales, los «Caminos de España» (pp. 15-400) y los «Caminos de Portugal» (pp. 401-592). A su vez, la primera parte se compone de: el «Camino Francés» (pp. 17-76), que, como advierte el autor (p. 17), es el Camino de Santiago por antonomasia y el más frecuentado, que ya desde el descubrimiento de la tumba del apóstol en el siglo IX fue la ruta de peregrinación más importante durante el Medievo<sup>2</sup>; el «Camino Inglés» (pp. 77-83), recuperado en 1999, se inicia en las ciudades de El Ferrol y La

---

<sup>1</sup> Publicado en Jaén, con ISBN: 978-84-09-17392-1.

<sup>2</sup> Su trazado se compone de 760 km, dividido en 30 etapas.

Coruña y fue muy transitado durante la Edad Media por peregrinos procedentes del norte de Europa; el «Camino del Norte» (pp. 85-95), que sigue prácticamente toda la costa del Cantábrico, con una antigüedad y una longitud muy similares a las del Camino Francés (32 etapas)<sup>3</sup>; el «Camino Primitivo» (pp. 97-99), que fue la primera ruta de peregrinación conocida, parte de Oviedo, discurriendo por el interior hasta llegar a la provincia de Lugo y a la localidad de Melide, donde enlaza con el Camino Francés; el «Camino Vasco del Interior» (pp. 101-104) se compone de siete etapas, enlazando Irún con el Camino Francés; el «Camino Catalán» (pp. 105-127), que parte del Monasterio de Montserrat, al llegar a la localidad leridana de Tárrega se divide en dos, uno, más al norte, que pasa por Huesca y desemboca en el Camino Aragonés; el otro, tras 320 km, confluye con el Camino del Ebro poco antes de Zaragoza; el «Camino del Ebro» (pp. 129-155), que desde la desembocadura de este río remonta su curso hasta Logroño donde enlaza con el Camino Francés<sup>4</sup>; el «Camino Castellano-Aragonés» (pp. 157-161) une Gallur (en Zaragoza) con Burgos, donde enlaza con el Camino Francés; el «Camino de Castellón» (pp. 163-165), que enlaza con el Camino del Ebro en la localidad de Fuentes del Ebro tras once etapas y 280 km; el «Camino de Mallorca» (pp. 167-169), que se inicia en el Santuario de Lluc en Escorca y termina en Palma, donde, tras cruzar el Mediterráneo en dirección a la Península, enlaza con el Camino de la Lana<sup>5</sup>; la «Ruta de la Lana» (pp. 171-190), cuya ruta principal parte de Alicante y, tras pasar por las provincias de Albacete, Cuenca, Guadalajara y Soria, llega a Burgos, donde enlaza con el Camino Francés; el «Camino de Madrid» (pp. 191-244), que se inicia en la parroquia madrileña de Santiago y San Juan Bautista y, tras atravesar las provincias de Segovia y Valladolid, enlaza con el Camino Francés a la altura de Sahagún<sup>6</sup>; el denominado «Camino Mozárabe» (pp. 245-309), así llamado porque era el que seguían los cristianos que vivían en territorio árabe para enlazar con la Vía de la Plata en Mérida, tras recorrer las provincias de Almería, Granada y Córdoba<sup>7</sup>; el «Camino Manchego» (pp. 311-325), que partiría de Granada y llegaría a Toledo a través de Ciudad Real, donde enlazaría con el llamado «Camino de Levante», que parte de Valencia, con localidades tan importantes a nivel mitológico y artístico como Úbeda, Viso del Marqués y Toledo; la «Vía de la Plata» (pp. 327-386), que recibe su nombre de una antigua calzada romana que recorría el oeste de Hispania desde Mérida hasta Astorga y que en la

<sup>3</sup> Fue muy frecuentado en los inicios del Medievo, aunque con el avance de la Reconquista hacia el sur fue perdiendo protagonismo.

<sup>4</sup> Según la tradición, fue el camino que recorrió el propio apóstol Santiago en su labor evangélica, durante la cual se le apareció la Virgen María en el lugar donde después se levantó la Basílica del Pilar.

<sup>5</sup> Tiene un recorrido de 60 km y cuatro etapas.

<sup>6</sup> En el repaso por el Camino de Madrid el autor incluye el recorrido por los ramales de Aranjuez a Madrid y de Alcalá de Henares a Segovia.

<sup>7</sup> En su recorrido el autor incluye también los ramales que parten de Jaén y Málaga.

Edad Media era la ruta que seguían los peregrinos desde el sur hasta Santiago, con el avance de la Reconquista hacia el sur esta ruta se fue prolongando hasta llegar a Sevilla e incluso a Cádiz y Huelva<sup>8</sup>; El «Camino Portugués por España» (pp. 387-397) es, en realidad, el tramo español del «Camino Portugués Central», que comienza en Tui (Pontevedra) y que desemboca en la propia Santiago tras 117 km y seis etapas; por último, el «Camino Canario» (pp. 399-400), que, según una tradición oral, recorre el trayecto seguido por unos marineros gallegos a comienzos del siglo xv, cuando portaron la imagen de Santiago «el chico» hasta los altos de Tirajana para fundar una ermita como acción de gracias por haber sido salvados de un temporal en el mar<sup>9</sup>.

La segunda parte del libro, dedicada a los caminos portugueses, se abre con el llamado «Camino Central Portugués» (pp. 403-548), siendo así uno de los capítulos más extensos. Esta ruta es la principal y más antigua de Portugal, que parte de Lisboa para llegar a Santiago, y por su largo recorrido (645,5 km desde Lisboa) es equiparable al Camino Francés, al del Norte o al de la Vía de la Plata, siendo también muy importante la presencia mitológica, sobre todo en Lisboa y Oporto. A continuación se trata el «Camino Portugués de la Costa» (pp. 549-550), que es una bifurcación del Camino Central Portugués que transcurre entre el Atlántico y la sierra; el «Camino Portugués del Interior» (pp. 551-561), que corresponde a un antiguo itinerario medieval que atraviesa ocho municipios portugueses y uno español (Verín), hasta conectar con el Camino Sanabrés<sup>10</sup>; el «Camino Portugués Central del Sur» (pp. 563-565), que atraviesa el Sur portugués para converger en Santarém con el Camino Central Portugués, en un recorrido de 467 km y veinte etapas; la «Vía ascendente de Portugal» (pp. 567-583), de muy reciente creación, que une Tavira con Troncoso, en un recorrido de 649 km y 29 etapas; y, por último, el «Camino de Torres» (pp. 585-592), que debe su nombre a Diego de Torres Villarroel, autor español del xviii, que ejerció como profesor de Matemáticas en Salamanca y estuvo exiliado en Portugal entre 1732 y 1734, y que algunos años después decidió emprender el camino de Santiago partiendo de Salamanca y enlazando con el Camino Portugués Central en Ponte de Lima.

<sup>8</sup> En su recorrido el autor parte de Cádiz y sigue por Jerez de la Frontera, e incluye también el ramal de Antequera, que se une con Sevilla en ocho etapas.

<sup>9</sup> Eso supone, en esencia, recorrer toda la isla de Gran Canaria de sur a norte, comenzando en Maspalomas. Se trata de la ruta jacobea más antigua fuera de la Europa continental y, cuando es Año Jacobeo, los peregrinos obtienen los mismos privilegios que los que van a la catedral de Santiago de Compostela.

<sup>10</sup> El Camino Sanabrés tiene su origen en la Vía de la Plata que viene del sur de España. Se separa de ella en Granja de Moreruela (Zamora), dirigiéndose hacia el noroeste a través de la comarca de Sanabria —de ahí su nombre. Pasa por localidades como Puebla de Sanabria, cruza la sierra y entra en Galicia por A Gudiña (Ourense).

El libro se cierra con una amplia bibliografía (pp. 593-622) y unos índices finales, de edificios (pp. 623-634), de personajes mitológicos (pp. 635-645), de personajes históricos (pp. 645-648) y de personajes alegóricos (pp. 648-653).

En cuanto a la información que se ofrece, esta depende mucho, obviamente, de la relevancia del edificio en cuestión en cuanto al hecho de albergar más o menos muestras de arte mitológico. En los casos más notorios no solo se ofrecen datos de los orígenes y constructores del edificio, sino que se informa de los artistas encargados de su decoración, así como de las diversas remodelaciones sufridas, que en muchos casos eliminaron o aportaron nuevos elementos decorativos de temática clásica.

Entre las artes representadas, se privilegia la pintura (al fresco, sobre lienzo, etc.) sobre las demás, aunque en el caso portugués tiene una amplia representación la pintura sobre azulejos, sobre todo, durante los siglos XVII y XVIII, cuando se crean los grandes paneles narrativos barrocos con escenas históricas, religiosas, mitológicas y de la vida cotidiana, con presencia masiva en iglesias, palacios, estaciones de tren o jardines. En el caso de la escultura, tienen gran importancia las representaciones de personajes mitológicos pensados para jardines, fuentes y estanques. Mucha atención se presta también a los tapices, con escenas mitológicas y, en menor medida, históricas o pseudohistóricas, bien representados no solo en palacios, quintas o museos sino también, y es lo que más puede sorprendernos, en catedrales e iglesias. Nos ha llamado mucho la atención la parte dedicada a la descripción de las carrozas presentes en el Museo Nacional de Carruajes de Lisboa (pp. 477-484), que es de tipo alegórico-mitológico, dominando el tema de las estaciones y los continentes, que «se adaptaban muy bien a la simetría constructiva de los carroajes» (p. 477).

Más difícil es delimitar la temática de las obras estudiadas por la riqueza y heterogeneidad de los motivos representados. No obstante, personalmente nos ha llamado la atención, sobre todo en la parte dedicada a la descripción de las obras presentes en edificios españoles, el número de ocasiones en que se representa la figura de Hércules, que podría explicarse por ser símbolo del poder monárquico, ya que el héroe fue adoptado por las casas reales europeas (y por la monarquía española en particular) para legitimar su poder; pudo influir también el hecho de que era una forma de que los reyes (en particular, los españoles) y muchas familias nobles vincularan ficticiamente su genealogía con la del héroe mítico; asimismo, su presencia en España también se justifica porque, según el mito, alguno de sus trabajos se llevaron a cabo en nuestro suelo y se le asociaba también con la fundación de algunas de nuestras ciudades; del mismo modo, sus doce trabajos ofrecían un rico programa iconográfico para decorar, sin olvidar la relación que a menudo se establecía entre los trabajos y sufrimientos del héroe y los padecimientos de Jesucristo en su afán por salvar a los hombres del pecado.

A este tema se puede unir la reiteración con la que suelen representarse las doce Sibillas en las iglesias, junto a motivos más propiamente cristianos, entendidas, claro está, como profetisas «gentiles» que anunciaron la llegada del cristianismo.

Es decir, era una forma de integrar el cristianismo y su mensaje evangélico con motivos de la cultura clásica, y, en definitiva, de universalizar el mensaje cristiano, pues estas doce Sibilas venían a equipararse con los doce profetas hebreos del Antiguo Testamento.

Por supuesto, el grueso de las representaciones mitológicas procede o bien del arte italiano del Renacimiento o son adaptaciones a partir de obras como las *Metamorfosis* de Ovidio (en muchos casos, de grabados que acompañaban a ediciones de esta obra) o de la *Iconología* de Cesare Ripa, obra esta que ejerció una gran influencia en el arte occidental, sobre todo en la representación alegórica, desde el Renacimiento hasta el siglo XIX.

Un aspecto que queremos destacar en este libro de Navarrete Orcera, como ya se ha puesto de relieve en las diversas reseñas que se han hecho de libros y trabajos suyos anteriores, es la enorme importancia del aparato gráfico que acompaña a sus detalladas y eruditas explicaciones. No se trata de mero soporte gráfico o «relleno visual», como el propio Navarrete dice en la Introducción, sino que es un complemento necesario para poder entender y apreciar mucho de lo que se dice en el texto escrito. Además, la gran calidad de muchas de las imágenes, que no olvidemos que en prácticamente todos los casos han sido hechas *in situ* por el autor, y su número (unas 905), convierten una obra como esta en un auténtico catálogo, que bien podría acompañar al peregrino o al viajero en su recorrido por algunos de los múltiples «caminos» que estructuran el libro de Navarrete, para desvelarle aspectos insospechados de los edificios o de las muestras del arte sacro y profano que le salen al paso.

De no menor importancia son las innumerables notas al pie, que en esta ocasión no se limitan a comentar aspectos históricos o artísticos de las obras o edificios comentados, sino que incluso ofrecen datos, bastante actualizados, de la población de las múltiples localidades que puede recorrer el peregrino en su itinerario, además de información bibliográfica, sobre todo cuando se termina una determinada sección del libro.

A modo de conclusión, el libro de Navarrete sobre el Camino de Santiago es, una vez más, una apuesta por combinar investigación rigurosa con divulgación en su intento por dar a conocer al gran público muchas de las joyas arquitectónicas, históricas y artísticas que conservan edificios emblemáticos de la geografía peninsular, en este caso, de la geografía vinculada con la arraigada devoción popular hacia el apóstol, tras el descubrimiento de su supuesta tumba en el siglo IX.

Cristóbal Macías